

# Cómo pagamos los errores de nuestros antepasados



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en: [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com).

### **Colección Psicología**

CÓMO PAGAMOS LOS ERRORES DE NUESTROS ANTEPASADOS

*Nina Canault*

1.ª edición: noviembre de 2009

4.ª edición: febrero de 2018

Título original: *Comment paye-t-on les fautes de ses ancêtres*

Traducción: *Belén Cabal*

Maquetación: *B. C. R.*

Corrección: *M.ª Jesús Rodríguez*

Diseño de cubierta: *Marta Rovina Pons*

Imagen de cubierta: *La noce*, de Henri Douanier Rousseau

© 1998, Desclée de Brouwer

(Reservados todos los derechos.)

© 2009, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición.)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.  
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida  
08191 Rubí - Barcelona - España  
Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23  
E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-9777-595-3

Depósito Legal: B.37.657-2009

*Printed in Spain*

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.  
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, de grabación o electrográfico, sin previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

Prólogo .....	9
Encuentro con un psicoanalista poco común .....	19
El fantasma y sus manifestaciones.....	41
La psicogenealogía .....	53
El síndrome del aniversario.....	65
El niño y su secreto .....	75
Femenino-maternal.....	89
Las faltas de los padres .....	103
Bibliografía.....	121

A mis hijas  
Judith y Ava  
y a sus padres.  
A mi sobrina y sobrino  
Laura y Daniel  
y a su padre.

Es un placer presentar el libro de Nina Canault, un placer leer unas nociones de psicología, sociología, física cuántica sencillamente descritas y expuestas, lazos y «nudos-nervios» médico-familiares, algunos de los cuales apenas nacieron de unos encuentros e intercambios en mi casa, en París, hace ya unos treinta años, como por suerte de un azar feliz. Ese azar feliz que el psicólogo Cannon ha bautizado con el término «serendipia» hacia 1930, y cuyo nombre retoma la historia de los príncipes de Serendip, contada por Voltaire y Walpole<sup>1</sup>. La obra de Nina Canault es la indagación inteligente realizada por una periodista científica que ha buscado y recopilado, en su cabeza y por escrito, trabajos dispersos de diversas personas –muy diversas– cuyos recorridos no se cruzan jamás –universitarios y autodidactas, científicos literarios, artistas que, de forma muy diferente abordan el misterio de la transmisión involuntaria e inconsciente de calidades, de pericias, de formas de ser (bueno, violento, sufridor o con capacidad de hacer sufrir), etc. A menudo todo ello es el resultado de duelos no realizados o de traumas no expresados o no elaborados.

*Lo que no se ha podido poner en lágrimas ni en palabras se expresa después en dolores, por falta de palabras para decirlo.*

---

<sup>1</sup> Voltaire, *Cuentos persas*. Walpole, *Los tres príncipes de Serendip*, 1778. Cannon, «Serendipity and Medical Discoveries», 1936, citado por A. Ancelin Schützenberger, «La serendipité», en *Hommage au Doyen Weiss*. Anuarios de la facultad de letras de la Universidad de Niza, 1997, y nota en *Aïe, mes aïeux!*, Desclée de Brouwer, 1998.

Lo podemos constatar a menudo sobre varias generaciones. «Los padres comieron uvas verdes y los hijos han sufrido por ello tres o cuatro generaciones», como decía la Biblia.

Y el milagro terapéutico es el de ver que, si se encuentra o se vuelve a encontrar la posibilidad de hablar de ello, los males se convierten a menudo en palabras y lágrimas, y la enfermedad o la mala racha por fin cesa. Además hay que encontrar a quien contárselo, alguien que entienda por fin, que ayude a desembarazarse de tal peso y permita una liberación (catarsis) y su cicatrización.

Pero para entenderlo, ni la práctica clínica ni el saber terapéutico-psiquiátrico-analítico-clásico son suficientes.

Algunos de nosotros han despejado vías, propuesto claves y pistas, y Nina Canault los entrega en manojos para permitir que un público más numeroso entienda y se sirva de ello. Así pues, su libro es a la vez apasionante, útil y fácil de leer, para no tener que pagar los errores, faltas y traumas de nuestros antepasados.

Si bien estoy interesada por esta indagación e investigación, no estoy sin embargo convencida de todas las pistas que explora la autora alrededor y entorno al término usado como cajón de sastre «psicogenealogía», utilizado de forma independiente por psicoanalistas y no-analistas desde hace veinte años en sentidos y contextos diferentes, por universitarios y autodidactas con planteamientos y prácticas clínicas diferentes, e incluso opuestas.

Nosotros ofrecemos «transgeneracional», «genosociograma», psicogenealogía clínica, así como psicoterapia transgeneracional clínica, partiendo de la práctica clínica analítica (y *sin* hacer ninguna referencia al esoterismo, a la transmisión de pensamiento, al tarot, o a la astrología que utilizan algunos autodidactas y que para mí están más ligadas a *las artes* que a *la ciencia*).

Estas personas (que no son analistas y no entienden ni el inconsciente, ni la transferencia del mismo y con el que juegan a veces inconscientemente) a menudo mantienen a las personas enganchadas, impidiéndoles realizar la verdadera psicoterapia que necesitaban en realidad y asumir su verdadera independencia de adulto, responsable de su vida, de su porvenir y de su salud.

Nosotros trabajamos a partir de planteamientos científicos y analíticos clásicos, con los pies en la tierra y «a pie de campo» de libros y crónicas de historias, papeles familiares, partidas de nacimiento, de defunción,

bautismos, matrimonios, registros civiles, médicos, militares, notariales y funerarios, es decir, hechos constatables.

La declaraciones, los recuerdos, los sueños, las asociaciones de ideas, las pesadillas y otros males, en definitiva lo vivido de forma activa, clínica y psicopática, son como una expresión, un grito, una llamada de auxilio, un trauma que generalmente proviene de lejos. Representan las hipótesis que conviene escuchar y entender por respeto a la persona que los sufre, pero que se deben verificar.

Pero ahora volvamos un poco al porqué y al cómo de estos traumas. Un trauma mental es un acontecimiento demasiado difícil para el espíritu y para el corazón, demasiado horrible, inhumano, monstruoso, que nuestras estructuras mentales, individuales y colectivas no consiguen digerir, igual que un bombardeo que aniquila una ciudad (Rouen o El Havre), como los gases enviados a Ypres (abril 1915) o a Verdun, igual que los campos de concentración (el holocausto), como la guillotina durante El Terror (1793) o la brutal expulsión de los judíos y los moros de España (1492), similar a la carnicería de la batalla de Sedan (1 de septiembre de 1870), o la bomba de Hiroshima.

La derrota de los serbios en Kosovo hace seiscientos años, a consecuencia de la batalla acaecida el 28 de junio de 1389, hizo perder al jovenísimo Estado serbio su independencia (en particular después de la caída de Constantinopla), derrota que se convirtió casi en un duelo nacional y se entonó en diversas canciones heroicas durante centenares de años.

El trauma ancestral del pueblo serbio se reactivó el 28 de junio de 1914, durante la visita a Sarajevo del archiduque Francisco Fernando de Austria y Hungría, una visita considerada como una provocación, el día del aniversario de la pérdida de Kosovo, por los serbios. Él fue asesinado, hecho que desencadenó la guerra de 1914-1918 y sus millones de muertos.

La historia se repite (como por una retrospectiva temporal) el 28 de junio de 1989 con la conmemoración, por Milosevic, de la derrota de Kosovo de 1389 y el regreso de los restos mortales de san Lázaro (príncipe serbio Lázaro) asesinado el 28 de junio de 1389 por los musulmanes otomanos. Éste será el desencadenante de la masacre (genocidio) de los musulmanes de Albania y de Kosovo. Una revancha, seiscientos años después de un trauma nacional, cuyo duelo no se había realizado jamás.

Otras circunstancias pueden no ser digeribles y perdurar largamente: una explosión de grisú para un minero, su familia, su equipo, o el choque de un iceberg contra una embarcación (el *Titanic*) para sus ocupantes y

sus allegados, o un incesto, una violación, el abuso en un niño. Podría también ser un trueno en el cielo de un niño, como la muerte de un abuelo, o de un gato, o de un perro, o el degüello de un cordero, o la marcha del padre (divorcio o encarcelamiento).

Ello nos deja congelados de pavor –nos faltan palabras para expresarlo, o el miedo o la vergüenza de estar implicados (de uno u otro lado, ya sea como víctima o como verdugo) y así el acontecimiento queda oculto en un silencio–, algo que no se ha dicho o un secreto.

Y este suceso, que ha quedado enterrado como en una cripta, se transmite desde el inconsciente de los padres al inconsciente de los hijos, por lo que Nicolas Abraham y Maria Török llamaron, en 1975-1978, un *efecto ventrílocuo* o un *fantasma*. Esta transmisión se produce mediante un fenómeno complejo que varios investigadores pluridisciplinarios tratan de dilucidar –y que para mí se resumiría en términos de co-consciencia y de co-inconsciencia familiar y grupal– ampliando los conceptos de Freud, Jung, Moreno, Dolto, y de la unidad dual madre-hijo.

Aun cuando la teoría de la transmisión entre generaciones (intergeneracional consciente y transgeneracional inconsciente) no ha sido aún aclarada del todo, numerosos médicos y terapeutas la constatan y trabajan con ella. Dichos profesionales intervienen en campos tan diversos como la psiquiatría o la psicoterapia de adultos y de niños, haciendo desaparecer las pesadillas o ciertos tipos de asma, incluso diarreas gravísimas (enfermedad de Crohn) o estreñimientos graves (hay cirujanos que han puesto en evidencia la relación entre el abuso sexual y el estreñimiento). Y todavía hay muchas otras formas de legados familiares invisibles con aspecto de enfermedades, accidentes, episodios psicóticos u otros, tantas como maneras de señalar la fragilidad de un aniversario, de los duelos no realizados, o de los traumas no asimilados, no verbalizados o no metabolizados.

Sin gritar, como el barbero del rey Midas, los secretos de los demás, hay que constatar que el secreto o lo no dicho es devastador, y que no decir las cosas («es por tu bien») tiene un efecto *boomerang* y se convierte en un mal que golpea precisamente a los que hemos querido proteger. «Yo es otro», escribía Rimbaud. Pero el efecto devastador de los duelos no realizados y de los traumas no asimilados no se detiene en la salud y en las familias. A menudo se nos ha acunado con nanas y canciones que vuelven a trazar los traumas pasados y las esperanzas de una compensación o de una revancha. («Nos devolverán Alsacia y Lorraine...», aclama la canción, pero podría referirse a Jerusalén, la Gran Serbia o todo el Islam...) Todo ello conduce a duelos sin fin, a «traumas elegidos» según Vamic Volckan,



erigidos en cultos nacionales, en *vendettas* familiares, nacionales y culturales, y en baños de sangre que nuestro siglo racionalista no consigue detener. Y precisamente es la falta de haber sabido, retenido y entendido la historia –la psico-historia–, la historia personal, familiar, sociocultural y económica, en su contexto.

Pero esto es otra historia...

Y dejo al lector, el placer de su descubrimiento.

Anne Ancelin Schützenberger  
París-Niza-Montreal, 25 de septiembre de 1998

Cuando Isaac Bashevis Singer recibió en 1978 el premio Nobel de literatura dio a los numerosos asistentes que acudieron a escucharle la razón por la cual escribía en una lengua que se moría, el yidish. «Me gustan las historias de fantasmas –declaró–. Nada le viene mejor a una historia de fantasmas que una lengua moribunda. Cuanto más muerta está la lengua más vivo está el fantasma. A los fantasmas les encanta el yidish, todos lo hablan. Además, creo en la resurrección. Estoy seguro de que el Mesías vendrá y, entonces, los millones de cadáveres que hablan el yidish saldrán de sus tumbas y me preguntarán de repente: “¿Han salido nuevos libros en yidish?”<sup>1</sup>»

Isaac Bashevis Singer sólo consigue dar vida a personajes humanos, seres de carne y hueso si los rodea de seres inmateriales que responden tanto a dulces denominaciones («serafín», «ángel» o «querubín»), como a algunas más inquietantes («demonio», «dibbuk», o «fantasma»). Por mi parte, al igual que Singer, creo en los aparecidos. Creo que nos acosan con apariciones fugitivas y, de hecho, su presencia es hasta cierto punto tan familiar que vivimos con ellos casi sin darnos cuenta.

¿De dónde provienen esos aparecidos?, ¿qué son?

Son los espíritus de los muertos, los espíritus de todos los que la vida ha sacrificado para sus propios fines: soldados, héroes, patriotas, muertos

---

1 Frank Eskénazi, «El yidish pierde su pluma», *Libération*, viernes 26 de julio de 1991.

en combate, que atormentan la Historia de los pueblos, mujeres muertas en partos que se agotaron por transmitir la vida, aquellos que en cada familia se han ido prematuramente, llevados por alguna enfermedad y los que finalmente se han dedicado a la cultura, de los cuales heredamos.

Estos aparecidos no son necesariamente amenazantes. No nos hablan únicamente de lo absurdo de la muerte. Ellos están aquí también para ayudarnos a vivir. ¿Será por esta razón que están presentes al igual que los ángeles, los demonios y los dioses en todas las culturas?

Los fantasmas son también todo aquello de lo que estamos hechos: sólo tengo que escuchar cómo reprendo a mi hija para recordar la entonación que utilizaba mi propia madre en los sermones que ella me dirigía. O ponerme a escribir para ver de repente el rostro concentrado de mi padre garabateando algún pensamiento simple en su agenda, con su preciosa escritura, amplia y llena de gracia.

Pero mi padre y mi madre no son los únicos que están en mi interior. En el momento en el cual desconecto del mundo, el momento en el que los sueños toman la delantera a la acción, en el momento en el cual finalmente estoy a solas conmigo misma, entonces emerge primero tímidamente, luego de forma tormentosa, la gran multitud que llega del interior. Aparecen todos aquellos con los que me he identificado, de quienes he tomado prestada una entonación, una sonrisa, un aire de familia. Todos esos personajes a los que había soñado con parecerme en mi infancia: Aladino, Robin Hood, Tintín, Nils Olgerson viajando en su ganso salvaje, Gerda, la valiente niña que se fue en busca de su amigo de la infancia Kay, prisionero de la Reina de las Nieves.

Los aparecidos son aquellos que continúan, queramos o no, expresándose en nosotros, porque lo que llamamos el «espíritu», el «alma», o la «inteligencia», ese lugar de donde emerge nuestra creatividad no es otra cosa que la continuación del espíritu, de la inteligencia y de la creatividad de las generaciones anteriores y, más concretamente, de aquello de lo que estamos hechos: nuestros padres y nuestros ancestros.

Cuando superamos nuestra infancia, debemos tomar las riendas de nuestra evolución y asumirla activamente. En cuanto a esta vida que nos ha sido regalada, debemos transmitirla a nuestros hijos. Seamos hombres o mujeres, hemos de considerar que es nuestro deber transmitir a nuestros descendientes nuestra cultura, nuestros valores, nuestra ética, nuestra habilidad y, por tanto, en conjunto, nuestra propia eficacia mental.

Mi trabajo como periodista científica ya me había acostumbrado a extraños encuentros. Me había enseñado que la investigación es una aventura, y que los investigadores son los *trotamundos* del espíritu. El espíritu se burla de los límites rígidos creados por los ministerios, las universidades, los institutos de investigación, que encorsetan a los investigadores en unas disciplinas y unas situaciones cuyas pautas están marcadas desde el principio.

## Encuentro con un psicoanalista poco común

Cuando conocí a Didier Dumas, estaba lejos de imaginar que los fantasmas pudieran ser el objeto de una rigurosa investigación. Descubrí asombrada que ocupaban, en la cotidianeidad de su trabajo clínico, un espacio igual de tangible que el de los parásitos para los virólogos. Y de hecho si el psicoanalista los escucha atentamente, tienen un papel igual de importante que el de los microbios en el brote de las enfermedades.

En la biblioteca de mi barrio, encontré por casualidad *L'Ange et le Fantôme*<sup>1</sup>. Este libro da cuenta del trabajo realizado en un hospital de día, durante más de diez años, con niños psicóticos, para intentar descifrar en las líneas parentales el origen de los traumas que siguen persiguiéndoles. Cuajado de historias clínicas tan bellas como aterradoras, nos muestra de qué manera los fantasmas diseminan sus efectos ocultos a veces hasta la cuarta generación.

Prácticamente desde nuestro primer encuentro, Didier Dumas me confesó: «El trabajo con niños psicóticos sobrepasaba todas las herramientas teóricas de las cuales yo disponía entonces». Yo estaba citada con él para entrevistarle sobre el papel de la genealogía en un análisis.

Mi objetivo, por entonces, era el de elaborar un dossier sobre la investigación en el psicoanálisis para incluirlo en la página de Ciencias del periódico *Libération*, y sentía una curiosidad en aumento porque había seguido una terapia durante trece años, a razón de tres sesiones por semana, con una psicoanalista que yo consideraba «moderna», ya que

---

1 Didier Dumas, *L'Ange et le Fantôme. Introduction à la Chinique de l'impensé généalogique*, prólogo de Françoise Dolto, Editions de Minuit, 1985.

se había formado en la escuela de pensamiento lacaniano. De hecho, yo estaba completamente satisfecha con los resultados de ese largo trabajo, ya que ello me había permitido sentirme mejor en mi piel y poder entablar un diálogo duradero con lo que yo pensaba que eran los componentes más inconscientes de mi ser.

Por así decirlo, en ese primer encuentro, en el mes de marzo de 1991, yo no estaba totalmente receptiva a lo que me iba a enseñar. El concepto que tenía del psicoanálisis era el de mi terapia. Y para poder entender aquello de lo que me estaba hablando, debería reconocer los límites del trabajo acometido hasta entonces. Sin darme cuenta del todo, al escucharle argumentar su trabajo con los niños psicóticos y sus familias, estaba descubriendo algo que mi propia psicoanalista parecía haber ignorado completamente.

El privilegio que se otorgaba Dumas algunas veces para apoyarse en la teoría freudiana y otras para alejarse de ella a su antojo me desconcertaba. También la manera de hablar de su tratamiento personal. Lo comenzó a la edad de once años, y había tenido desde entonces nada menos que cinco analistas distintos. Por tanto, había probado largamente la eficacia de la teoría freudiana, pero también sus límites, tanto en su sanación como en su clínica. Todo ello causado por su historia, la cual supe bastante más tarde y que parecía salida de una novela de Kafka. Un padre demasiado joven para desear un hijo, una madre que tomó como segundo esposo a un anciano deportado: lo dice todo o casi todo. El hombre permanece fascinado por el niño de 4 años que vive a su lado. Se apropia de él. Le cambia el nombre y lo sitúa como testigo y confidente de su desamparo. El niño se ve confrontado a un enigma que le hubiera gustado a la mismísima Esfinge. ¿Cómo sanar a un padre atormentado por lo que había vivido en los campos de prisioneros? Didier Dumas tuvo que aplazar largamente la respuesta a ese enigma por falta de herramientas del pensamiento. Si su terapia empezó a los once años, por esa época ningún «psi» era capaz de encargarse de los problemas que, con ese padre loco, trae añadidos. «Vivir su propia construcción edípica con un deportado, queriéndole y siendo su único sostén frente a un trauma sin calificativo –me confío– es correr el riesgo de estar como él, atormentado por el fantasma de lo campos de prisioneros. ¡Sólo Françoise Dolto podría haber ayudado a un crío como yo! Pero eso no lo comprendí hasta mucho más tarde, poco tiempo antes de que muriera, cuando nos habíamos hecho amigos.» Por aquella época, pues, nadie sabía lo que era la obsesión. Sin embargo, él se obstina, persiste de un analista a otro. Para terminar escribiendo él mismo la teoría con

la cual tratarse<sup>2</sup>. De ahí igualmente su interés por las almas más débiles: los niños psicóticos.

Los psicoanalistas, por lo general, temen a esta clientela, frente a la cual se sienten sin herramientas. Y si Didier Dumas me parecía diferir de sus colegas era sobre todo por su trabajo con estos niños. Haciendo eco de la suya, esta experiencia con los niños psicóticos le había conducido a los confines de lo humano: estos niños generalmente considerados como locos tienen, a menudo, dones comparables a los de los grandes místicos. Son videntes, telépatas, comprenden el lenguaje de los animales, o son capaces de auto-anestesiarse. He aquí, en definitiva, lo que le permitía considerar la teoría analítica clásica unas veces como una antigüedad polvorienta y otras como el mantillo de sus propias investigaciones. Cuando hablaba de la psicosis, era para mí, el más desconcertante.

Me contaba, por ejemplo, que con Alice, una joven adolescente psicótica de 14 años, él había «visto el diablo». Yo pensaba que se trataba de una simple metáfora. ¡Pero para nada! Esta cría, internada desde una edad temprana, vivía sus menstruaciones como una enfermedad monstruosa. En cuanto las tenía, se arrancaba las ropas y se entregaba, en plena sesión, a una masturbación enloquecida, en la cual el cuerpo, el moco y la sangre no eran más que dolor. Él mismo no sabía qué hacer. Alice sólo sabía unas cuantas palabras. Él no entendía nada de lo que ella intentaba expresar. Hasta el día en el que, caída en el suelo, ella le dijo: «¡Es rojo, Señor Dumas, cúremelo!». El diablo que padecía Alice se resumía en una negación total de la feminidad, transmitida por su abuela a su madre, y que se remontaba, a través de ella, a tres generaciones.

Al reflexionar sobre ello, supo que era el diablo lo que Alice le había mostrado. ¿Qué es, pues, el diablo en nuestra cultura, donde el patriarcado se ha construido sobre el servilismo de la mujer, sino el nombre dado al miedo ancestral que provoca lo femenino? Ahora bien, esto es lo que Alice intentaba simbolizar para el «Señor Dumas» con la expresividad de su cuerpo indispuerto<sup>3</sup>. De esa forma ella realizaba su curación.

No se debe olvidar que los niños psicóticos generalmente no hablan, o en el mejor de los casos disponen de un lenguaje rudimentario, como el de Alice. Esto no impide que, cuando vienen a ver a un analista, quieran realizar su curación y expresar su sufrimiento con «los medios básicos».

2 Didier Dumas, *Hantise et clinique de l'Autre*, Éd. Aubier, 1989.

3 Es lo que Françoise Dolto ha dado en llamar «la imagen inconsciente del cuerpo»: véase más adelante el capítulo 6 y la entrevista del psicoanalista Willy Barral.

«Entonces pude ver que era como una niña de 18 meses que hubiese tenido la menstruación», añadió Dumas con emoción.

Estos diez años de trabajo en un hospital para niños constituyeron, al parecer, una experiencia que le había proyectado, sin miramientos, fuera de las referencias sensoriales y de las ideas que poseemos habitualmente para orientarnos dentro de la experiencia ordinaria de la vida cotidiana. Y, al escucharle, me decía a mí misma que debía haber cierta diferencia entre lo que había escrito –un testimonio concebido para ser entendido por todos– y la experiencia «extra»-ordinaria que esos niños le habían hecho vivir, y que había sido determinante en el giro que había dado su vocación de psicoanalista.

¿Por qué daba esa edad mental de 18 meses a Alice? Porque a esa edad, el niño todavía es un bebé, apenas empieza a hablar, y la forma de expresión de la que está dotado el bebé es precisamente a través de su cuerpo.

«Estos niños han sido para mí grandes maestros –me confesó en diversas ocasiones–. Con ellos no podía evitar el hecho de no disponer de herramientas teóricas para ayudarles. Les debo el haber comprendido que el primer cimiento de nuestro psiquismo se compone de una “piel” hecha de sensaciones, que a menudo es la única de la que disponen, y de la cual pueden valerse para comunicarse con un analista. Son ellos quienes me condujeron a estudiar, en la acupuntura y el taoísmo, cómo se piensa y se teoriza la sensación. Sufrían todo tipo de traumas ancestrales, lo que en Occidente conocemos como obsesión y, en la mayoría de las culturas tradicionales, como “enfermedad de los antepasados”. Ellos son, por tanto, el origen de mi interés por el estudio de lo que esas culturas llaman la “enfermedad de los antepasados”, de esas regiones sin palabras del psiquismo humano donde se alojan los fantasmas familiares.

Los niños psicóticos parecen tener la misión de arreglar incansablemente el pasado genealógico de sus familias. Son incomparables exploradores del inconsciente transgeneracional.» Es así como consideraba, por ejemplo a Jean-Michel, un adolescente de diecinueve años, autista de nacimiento. Jean-Michel era silencioso como una tumba y se obstinaba en no mirar a nadie a los ojos. Todos los niños que se desarrollan normalmente tienen una mirada profunda que nos habla. ¡Qué madre no ha experimentado las delicias de sumergir la mirada en ese océano intenso de inocencia! Pero la señora Lebois no había conocido nunca esa alegría con su hijo mayor, Jean-Michel. En cuanto a su analista, se preguntaba cómo arreglárselas con un chico que no decía ni palabra, se desplazaba como un pez, y ennegrecía, a modo de dibujo, completamente las hojas



blancas que se le ofrecían. «Con su madre, “una santa mujer” –se apresura en precisar Didier Dumas–, me invadían, al cabo de cinco minutos de entrevista, unas ganas irresistibles de dormir. Varias veces después de haberla recibido me caía de sueño. Me hundía en un reposo lleno de sueños y me despertaba a la hora de la siguiente cita. Entender lo que ocurría me ha llevado años. Era como si una insistencia inconsciente en mí me obligara sistemáticamente a transformar en sueños lo que me contaba esa mujer. Lo más extraño es que este fenómeno al cual estaba confrontado prefiguraba lo que iba a permitirme comprender la historia genealógica de Jean-Michel, ya que ésta me había sido dada por un sueño que su hermano vino a contarme.»

Asaltado por todos estos tipos de fenómenos mentales que no entiende bien, no se da por vencido. Intenta entender los sueños que esta madre provoca en él, lo que le obliga a preguntarse sobre la telepatía. «Cuando un trauma no es asumido, sigue vivo. Un trauma mental es un acontecimiento que nuestras estructuras físicas no consiguen digerir. Un hecho monstruoso, espeluznante. Algo que no pueden describir las palabras. No podemos hablar de ello, ¡es el miedo, el pavor o la vergüenza! Y cuando la vergüenza de haber estado implicado nos prohíbe hablar de ello, entonces encerramos ese hecho traumático dentro de una explicación mentirosa, y es ese acontecimiento encerrado en una mentira el que se transmite del inconsciente de los padres al del niño, y ello engendra lo que en el psicoanálisis contemporáneo se denomina “un fantasma”.»

Dicho eso, me cuenta la historia del doble suicidio de los dos bisabuelos maternos de Jean-Michel, los cuales se ahorcaron ambos al regresar de la guerra de 1914 y, viéndome atónita al escuchar la historia de esta saga familiar, digna de un cuento fantástico de Lovecraft o de Ewers, explica: «Lo que mantiene vivo un trauma y por tanto un fantasma transmisible a sus descendientes es el hecho de haberlo interpretado equivocadamente. Una historia transmitida con una falsa explicación provoca destrozos en el inconsciente de los descendientes».

Cierto día, Luc, el hermano pequeño de Jean-Michel, vino a contarle un sueño que tuvo por la noche, en el cual escuchó a dos brujas que le hablaban del tiempo y de la muerte. El sueño de Luc le condujo a interesarse por sus dos bisabuelas maternas, en las cuales el había visto a las dos «brujas» del sueño. Así fue cómo descubrió el trauma que originaba el autismo de Jean-Michel. Para ello hace falta remontarse cuatro generaciones en la línea materna. Los dos bisabuelos de Jean-Michel tenían el mismo apellido patronímico, sin ningún lazo de parentesco. Al regreso de la guerra

de 1914, los dos hombres se suicidaron ahorcándose. La señora Lebois, la madre de Jean-Michel, a la que presiona con preguntas, no ve otra causa que aquella que le ha proporcionado su familia: la razón fue la «miseria del proletariado». «¡Cómo es posible, si los soldados no pasaron hambre en las trincheras!», objeta el analista de su hijo. La verdadera explicación es otra, aunque igualmente perturbadora para la señora Lebois, quien ha considerado siempre a sus abuelas como mujeres admirables. Supervivientes de una guerra atroz, a su regreso, estos dos hombres descubren que ya no hay sitio para ellos en sus hogares. Los dos se apellidan Leroux. Sus mujeres son hermanas y durante la guerra han pensado que sería más cómodo vivir juntas para enfrentarse a la vida cotidiana. Al llevar el mismo apellido, Leroux, simplemente se sintieron «casadas» la una con la otra, unidas de alguna manera por la misma dejación. Ya no necesitan a ningún hombre. A su vuelta, exhaustos de la guerra, sus maridos se han convertido en una carga. Y, como por casualidad, los dos se suicidan.

En la siguiente generación, esta vez, es entre las hijas de esos hombres cuando se produce el suicidio, y enmascarado tras una explicación engañosa cuando aparece en escena el fantasma de sus dos abuelos. Son varias las que lo hacen tirándose a un pozo. Todos esos suicidios están provocados por el hecho de haber sido ignoradas por un hombre. Ellos las abandonan o comenten errores que ellas no les pueden perdonar. Una de ellas se casa con su primo hermano para protegerse de los estragos causados por ese terrible fantasma. Y trae al mundo a una niña, la madre de Jean-Michel. Todo parece volver a un orden, salvo que en la siguiente generación, el primer hijo de esta mujer, se niega, desde su nacimiento, a mirar a su madre a los ojos, es un autista: Jean-Michel. «El autismo, en este caso, es el resultado de un “incesto genealógico”», comenta el investigador.

«La prohibición del incesto es una ley universal, cualesquiera que sean el país o la cultura. Esa prohibición es la que garantiza la posibilidad de que un ser humano pueda transmitir a su hijo los medios de prolongarle, de reemplazarle. El incesto trampea las leyes de la vida. Deja entender al hijo que podrá hacer su vida con sus padres, sin abandonarlos jamás. Por tanto, su objetivo es hacerle creer que la muerte no existe. Es así como despoja al niño de tener que constituir las herramientas mentales que le permitirán vivir sin sus padres, y así poder reemplazarlos. Ahora bien, ¿qué es un autista? Es alguien que, de entrada, está desposeído de los medios para acceder a la edad adulta. ¡Le es imposible mirar a su madre a los ojos! Lo que le ha pasado a Jean-Michel desde su nacimiento. Y yo no entendía nada hasta el día en el que me encontré remontándome cuatro genera-

ciones con una historia que niega las leyes del flujo de la vida. Esas dos bisabuelas, que llevaban el mismo apellido, ponen en marcha la creencia de que para ser madres no hacen falta los hombres: ¡una negación de la sexualidad y del rol del padre en la construcción mental de un niño! En ese momento, esa negación se coloca y se transmite en esta descendencia, transmitiéndose de madre a hija, con el fin de no tocar esa imagen de “mujeres santas”, detrás de la cual se esconde la homosexualidad incestuosa de esas dos hermanas, esas dos bisabuelas. En lugar de llorar la muerte de sus esposos, y de reflexionar acerca de las razones de sus suicidios, ellas lo explicaron con la miseria del proletariado. Lo cual era una manera más segura de ocultarles a sus hijos por qué sus padres habían muerto. En esa época, lo llamé un “incesto genealógico”. ¡Lo hubiera podido llamar igualmente “partogénesis genealógica”!»

La historia de Jean-Michel parece tan increíble, que uno se pregunta cuando la descubre en el libro *L'Ange et le Fantôme*, si se trata de realidad o de ficción. A uno le gustaría creer que está en presencia de una patología que no le atañe más de lo que le puede alcanzar a la gente normal. «¡Al contrario, esto nos atañe a todos! –afirma Didier Dumas–. A los que no entienden el porqué de la existencia de los psicóticos, les contesto que ellos están, en cualquier caso, para enseñarnos lo que desconocemos acerca de nuestras transmisiones mentales y espirituales. Son ellos los primeros que me han señalado la realidad ineludible de las transmisiones genealógicas en la vida mental de todo individuo. Los niños psicóticos expresan o cuentan cosas que, *a priori*, nadie comprende. Pero, si se les escucha seriamente, nos damos cuenta que no entendemos que, en realidad, exploran el pasado familiar que les ha convertido en lo que son.

Es como si utilizaran la parte más clarividente de su tiempo para circular en el inconsciente de su madre, en una búsqueda de amores perdidos: las abuelas, los abuelos o las tías-abuelas, por las cuales, ella misma o su propia madre nunca ha podido llevar luto. Y en ese universo-fantasma, el único personaje perdido, aquel que nunca encuentran, es su propio padre. No es que su madre no quiera a su padre. Los padres de los niños psicóticos son generalmente hombres fieles, pero estos compañeros nunca tienen nada que decir sobre la educación de los niños. Como tampoco han opinado sobre la llegada al mundo del niño. Ellas son las únicas que deciden. Consideran, como me comentó una de ellas, que “los hombres viven en otro planeta”. Asumen, solas, la educación de su hijo y aunque el hombre con el que viven sea el padre, el niño nunca oye hablar de él. Lo peor es que estos hombres parecen totalmente estar satisfechos con ese es-

tatus. Esto hace que, cuando les preguntamos a los niños psicóticos quién es su padre, una de cada dos veces, ellos los presenten como una especie de hermano mayor que ayuda a su madre a asumir la pesada carga de la maternidad, y no como un padre, un progenitor responsable de su presencia. Para esas madres, los hombres realmente no existen.

Los autistas denuncian, con su existencia, esos silencios engañosos. Asumen, sin que nadie se dé cuenta en la familia, todo aquello que los demás no pueden ni pensar ni decir. A través de su mutismo, protegen a sus padres de verdades demasiado dolorosas. Y si, tal y como me comentó Françoise Dolto a propósito de los padres de Jean-Michel, estos últimos no han consultado a un psicoanalista antes de que su hijo cumpliera los 7 años, hay que concluir que existen muchas probabilidades de que ellos tengan una necesidad inconsciente, pero vital para ellos, de verle quedarse así. La psicosis es, por tanto, vista desde esta perspectiva, un destino de descendencia de sacrificio, una prueba, si es que se necesitan pruebas, de que lo que yo llamo canibalismo familiar existe sin duda alguna. Y sin el análisis genealógico no se entendería nada de esta dimensión radicalmente inconsciente devoradora de lo mental.»

Estas conversaciones sobre la psicosis provocaron en mí una tormenta de preguntas: ¿de qué manera un antepasado, al que nunca hemos conocido, puede influir sobre el curso de nuestra vida? ¿De qué manera podía marcar el destino de sus descendientes, atribuyéndoles la carga de decir o hacer lo que él mismo no había podido realizar en vida? Cuando los fantasmas provienen de una obsesión, el que los sufre no puede entenderlos desde su única vivencia. En esta situación, los acontecimientos de la historia familiar y, más concretamente, aquellos que han sido silenciados adquieren un significado crucial. De repente, todo aquello modificaba considerablemente la concepción del psicoanálisis que me había forjado a lo largo de mi propia terapia, y era eso lo que me alteraba profundamente.

Invadida por mi propia panoplia de imágenes, acuciaba a Didier Dumas con preguntas:

—¿Entonces, el fantasma es sencillamente algo no dicho?

—¡Exactamente! Es una ausencia de representación, una laguna en las palabras, un agujero en las palabras de nuestros padres sobre la sexualidad y la muerte, tal y como ellos —¡o sus antepasados!— han tenido que asumir.

—Pero ¿por qué llamar «fantasma» a este fenómeno?

—Lo que ocurre es que este fallo en las palabras es la explicación de un trauma psíquico que se ha producido por encima de nuestra filiación, en

nuestra ascendencia. El trauma es un atentado a la integridad del ser. Es este atentado el que se transmite de un inconsciente a otro inconsciente. El niño se convierte en el último depositario y, para colmar esta ausencia de palabras heredadas, crea imágenes que más tarde, en la edad adulta, resurgirán en sus sueños y en sus fantasías sexuales. Lo no dicho se comporta como un «huésped», quien, una vez introducido, podrá irrumpir tanto en los trastornos psíquicos como en las somatizaciones.

—En ese caso, ¿podríamos más bien hablar de «fantasías»? ¿Por qué introducir un nuevo término?

—La palabra «fantasía» es una creación del psicoanálisis. No la encontramos en los diccionarios anteriores al principio de siglo. En el Littré de 1863, se encuentran «fantasía» o «fantasmal». Este último término designa todo aquello que tiene relación con la visión de fantasmas. La palabra «fantasía» aparece en el Larousse de 1922, pero sin modificar el sentido del primero de «fantasmal». Por tanto, «fantasma» y «fantasía» están estrechamente ligados. Y bajo la forma de un verbo activo, «fantasear» representa una actividad psíquica que juega un papel importante en la formación del espíritu humano. La fantasía es el fruto de una facultad del espíritu, una forma de expresar mediante la cual nuestras estructuras psíquicas emplean, para expresarse, entidades diferentes a las palabras, a menudo imágenes. Es, por tanto, un pensamiento en imágenes, parecido a lo que obra en los sueños. Ahora bien, las rarezas de esos pensamientos, la absurda, o aparente incoherencia de esas imágenes pueden, del mismo modo que cualquier idea descabellada que nos pase por la cabeza, señalar un fantasma: una ausencia de representación verbal que proviene de la psique de nuestros padres y de la cual somos herederos.

La continuidad que introducía entre las nociones de «fantasía» y «fantasma» me parecía interesante. Pero me resultaba difícil representar lo que él llamaba «rarezas» del pensamiento en imágenes. Le pregunté acerca de ello.

—Todas esas incoherencias resaltan las palabras del analizante, las ideas de las cuales se avergüenza, de las que le cuesta hablar, pero que se le imponen. Tomemos el caso de una de mis clientas. Ella esperaba un niño y tuvo un aborto espontáneo. Llegó a mi consulta sumida en un mar de lágrimas: «¡He matado a mi bebé!», declaró desconsolada. Le ayudo a hacer una sesión de duelo. Ella realiza esa sesión pero sigue convencida de que, si ese feto le ha abandonado, es porque era una niña. Nada podía hacerle pensar eso, ya que entonces no existían las ecografías, algo tan habitual hoy en día. He aquí una fantasía, una idea absurda, que no

habíamos podido enlazar con su historia. Pasaron dos años. Ella trae al mundo un niño en perfecto estado. Por aquel tiempo, la más joven de las hermanas de su madre acude a visitarla. Entonces, ante de la presencia del bebé recién nacido, la vieja señora le cuenta que su propia madre, que era enfermera, tuvo una niña que la medicina había declarado no viable. La metieron en una caja de zapatos y la dejaron morir de hambre. Al escuchar a su tía contar esa historia, mi clienta de repente entiende el porqué había desarrollado la fantasía de haber matado a una niña, partiendo de un acontecimiento doloroso pero del cual no era en absoluto responsable, ya que se trataba de un aborto espontáneo.

—¿Y ella no sabía nada de esta historia? ¿Su madre no se lo había contado nunca?

—¡No, y esto es lo más sorprendente! A continuación interrogó a su madre. ¡Esta última no guardaba ningún recuerdo al respecto! El acontecimiento había sido suprimido completamente, borrado de su memoria. ¡Vaya uno a saber por qué había resurgido en su tía! Probablemente al contemplar al recién nacido.

En un caso como éste, es un «vacío de palabras» sobre la viabilidad de las niñas el que ha sido transmitido de inconsciente a inconsciente, puesto que su madre había olvidado totalmente la breve existencia de esa hermana pequeña. Mi clienta, probablemente, jamás hubiera sabido nada de ese drama si su tía no se lo hubiese contado. Cuando existen traumas importantes en una familia, muertes por suicidio, o bebés muertos, esas historias permanecen vivas en el inconsciente, y si aquellos que les sobreviven no hablan de ello, es en ese momento cuando se transmiten de inconsciente a inconsciente bajo forma de fantasmas. En las terapias, aun cuando quien las padece, ignora todo sobre la historia que le atormenta, en un momento dado u otro, siempre aparece alguien, como en este caso la tía, para quien esta historia, que todos los demás han olvidado, ha quedado por el contrario bien viva. Se ve, así pues, cómo un fantasma puede provenir de una parte de la historia ancestral que ha sido borrada. ¡Y eso es el fantasma! Es la huella de un sufrimiento de nuestros antepasados que no se pudo expresar.

Como objeto clínico, el fantasma no pierde ninguno de los atributos con los cuales la literatura, generalmente, lo dibuja. Desde la visión del psicoanálisis, estudiándolo dentro de la lógica de sus efectos, el universo cautivador de un Singer aparece de lo más verosímil. Agazapado en la psique humana, el fantasma es un huésped vivaz y solapado en trabajo

de destrucción y desmembramiento a lo largo de varias generaciones. Y ese parasitismo se distingue claramente del de la amnesia, que actúa recubriendo los acontecimientos de nuestra infancia: lo que Freud ha llamado «represión».

Freud fundó el psicoanálisis al descubrir que los trastornos histéricos son palabras que no se consiguen decir. Buscando el origen de esta ausencia de palabras, lo encuentra en la primera infancia, los cuales al ser reprimidos, caen en el olvido.

Su teoría se construye, por tanto, sobre la de la amnesia infantil, sin considerar el papel que juega el inconsciente de los padres sobre la constitución del de los hijos. Es esa laguna la que colma la teoría del inconsciente transgeneracional y la del fantasma, puesto que pone en evidencia que los traumas responsables de los síntomas psíquicos no se ubican necesariamente en la infancia de aquel que los padece. Siendo el hijo el atormentado, el fantasma puede provenir de la historia del padre, de la madre, o de un antepasado más lejano en el tiempo. Se caracteriza cómo un enclave, una entidad, un objeto inconsciente, el cual se transmite directamente, de inconsciente a inconsciente, en detrimento de su huésped. Es así como el fantasma desemboca sobre un nuevo acercamiento clínico y una nueva concepción del inconsciente, más amplia y más flexible que la de Freud, puesto que la teoría del inconsciente transgeneracional establece un puente entre el inconsciente individual de Freud y el inconsciente colectivo de Jung.

Lo más asombroso es que esta teoría del inconsciente transgeneracional eclosiona hoy en el corazón de lo que llamamos el pensamiento contemporáneo, y que además sea figura novedosa en el psicoanálisis.

Aunque si pensamos en ello un solo instante, no existe ninguna tradición –incluida la nuestra– en la cual lo transgeneracional no sea central. Empezando por uno de los libros fundadores de nuestras civilizaciones, la Biblia.

Esta visión «que corresponde a las grandes explicaciones místicas y religiosas de la vida humana», nos hace observar Marie Balmory<sup>4</sup>, quien, al igual que varios analistas, ha trabajado sobre la mitología bíblica. Podemos, en efecto, ver aplicada, en nuestros mitos religiosos, una visión ancestral de la transmisión de «la falta» de forma precisa como lo pude observar en profundidad cuando exploramos el Antiguo Testamento,<sup>5</sup> con

4 Marie Balmory, *L'homme au statues*, Grasset, 1979.

5 Nina Canault, «Plongée psychanalytique dans la Bible», en *L'Actualité religieuse*, 15 de diciembre de 1994.

Didier Dumas. Lo transgeneracional es motivo central. El dios bíblico está definido en él como el que tiene la carga de las transmisiones paternas, buenas o malas, y por tanto los «errores de los padres». Esos errores, dice el Éxodo (20, 5-6), se transmitirán a lo largo de tres o cuatro generaciones. Lo volvemos a encontrar en el libro de Ezequiel (18,2), donde también es formulado: «Los padres comieron las uvas verdes y los hijos sufren la dentera», se retoma en el libro de Jeremías (31,29), como si fuera el *leitmotiv* de un pensamiento que atribuye a los padres la completa responsabilidad de los males espirituales que golpean a su descendencia.

Lo transgeneracional también es central en el taoísmo, una forma de pensamiento que data de unos cuantos siglos antes de nuestra era. El pensamiento tradicional chino sobre el que se fundamenta la acupuntura reconoce la existencia de entidades, los *Gui*,<sup>6</sup> que tienen el estatus de aparecidos, y a los cuales corremos el riesgo de acoger en otoño, si no nos protegemos de ellos. Dormitarán, entonces, todos los inviernos y resurgirán en primavera bajo la forma de una enfermedad. Es por ello que en la antigua China se hacían, en otoño, todo tipo de rituales con la esperanza de echarles. Estos «espíritus» son, para los taoístas, componentes naturales de la organización espiritual de la persona. Proviene de los *Po*, término que designa la parte más terrenal del alma. Los *Po* gestionan las grandes funciones de lo vivo: el metabolismo, el sustento sensorial, afectivo, sexual, material. Tan sólo se vuelven malignos cuando se separan de su camino natural, que sería, a la muerte del difunto, regresar a la tierra. Sin embargo si se trata de una muerte brutal, inesperada, y traumática en sí, los *Po* corren el riesgo de querer aferrarse a la vida. Y como no encuentran su camino de regreso hacia la tierra, bajo el aspecto de *Gui*, de espíritus malignos, parasitan a los vivos. Los rituales funerarios tenían, pues, para los antiguos chinos una importancia considerable, y no se les olvidaba nunca poner una estela en el lugar donde se había producido un accidente o una muerte violenta.

La obsesión es una patología mental reconocida en todas las culturas, civilizaciones y religiones antiguas.<sup>7</sup> En Indonesia, los curanderos que la tratan son los *dukun*, en Corea de Sur, los *mustang*, en África, los *fetichistas*, en América del Norte, en las reservas indias, los *chamanes*. Todos estos curanderos saben reconocer y tratar lo que ellos llaman, cada uno en su idioma, la «enfermedad de los antepasados»: el hecho de que el es-

6 Se pronuncia los «Kui».

7 Cf., para un análisis más completo de la obsesión en otras tradiciones: Didier Dumas, *Hantise et Clinique de l'Autre*, op. cit.



píritu de un muerto vuelva a establecerse como parásito en un ser vivo. La presencia de estos aparecidos siempre se explica por la naturaleza de su muerte. Ellos vuelven porque dicha muerte ha sido violenta, pero sobre todo inesperada, y por tanto al haberse producido antes de tiempo, el muerto sufre por no haber podido acometer el ciclo de su vida. No ha podido ni decir su última palabra, ni realizar sus propósitos más preciados, e intenta acometerlos tomando posesión del cuerpo de los vivos. Condenado a errar, atormenta a su descendencia sin poder alcanzar el estatus de antepasado protector.

En nuestra Edad Media, también se creía que los espíritus eran la causa de los trastornos psíquicos. En Occidente, ¿no eran acaso los curanderos y exorcistas los que atacaban a los «espíritus malignos»? En cierto modo, la genealogía está en todas partes y, para mí, la verdadera sorpresa fue descubrirla en el mito de Edipo, ¡en el cual ocupa un lugar casi tan importante como en la Biblia! Acababa de leer el libro de Marie Balmory, *L'homme aux statues*. El análisis que realiza sobre el mito de Edipo tiene un componente claramente genealógico, puesto que se remonta a la generación del padre de Edipo, Layo, para poner en evidencia la culpa paterna y el lazo de unión entre esa culpa y el destino de su hijo Edipo.

Ese día, me dirigía a visitar a Didier Dumas, al que ya consideraba como mi principal interlocutor en este campo.

—¿Cómo explica usted que Freud haya considerado del mito de Edipo, solamente la historia de Edipo propiamente dicha? —le pregunté—. La leyenda de ese hombre que mata a su padre y desposa a su madre no tiene el mismo sentido cuando pasamos a considerar la historia familiar de Edipo. El Oráculo que le predice a Layo que su hijo le matará ha sido consultado por un padre ofendido, el rey Pélope. Layo ha seducido a su hijo, Crisipo, y este último, por vergüenza se ha suicidado. El error de Edipo es primero el de su padre Layo. Sin ese error, Edipo no hubiera tenido el trágico destino que todos conocemos. ¡Él sólo paga los errores de su padre!

—Es difícil saber si Freud estudió o no profunda y detalladamente la totalidad de este mito. Sólo lo valora a partir de *Edipo rey*, la obra de Sófocles. Y si no se ha preguntado nada más es porque probablemente esa obra ya contenía elementos suficientes para rendir cuenta de lo que le interesaba: la dimensión infantil del deseo humano. *Edipo rey* deja en la sombra toda la genealogía de Edipo, pero para entender el destino parricida e incestuoso que fue el suyo, habría que remontarse bastante más atrás de lo que lo ha hecho Mary Balmory. La dimensión del deseo inconsciente está ciertamente, tal y como la ha visto Freud, bien presente

en este mito. Pero el inconsciente que gobierna el destino de Edipo se presenta claramente como un inconsciente de linaje, que le concierne tanto a él como a su padre y a su abuelo. Puede que Freud no lo haya visto, pero Lévi-Strauss lo ha recalcado. Él subraya que los tres reyes de Tebas parecen sufrir una cierta dificultad para caminar derechos: Edipo significa «pies hinchados», Layo, su padre, «el zurdo» y Lábdaco, su abuelo «el cojo».<sup>8</sup>

Por tanto, la historia de Edipo es, en realidad, la de un hombre traído al mundo por un padre enfermo. Su destino incestuoso es la consecuencia de un fallo de la función paterna que concierne a todo el linaje paterno. Edipo, con apenas tres días, es abandonado por Layo su padre, colgado de un árbol por los pies, en el monte Citerón. La razón aparente de este abandono es la de burlar la predicción que le ha hecho el Oráculo de Apolo: si traía al mundo un hijo, éste le mataría. Pero es también, y sobre todo, la repetición de un escenario familiar que se remonta dos generaciones, y está ligado a un acontecimiento traumático ocurrido en la infancia del padre de Layo, el rey Lábdaco.

Durante la infancia de Lábdaco, se nombra regente a Nictéis, debido a la muerte prematura de su padre, el rey Polidoro. Pero Nictéis se suicida porque su hija Antíope ha sido seducida por Zeus y se ha fugado de casa, embarazada de gemelos. Antes del suicidio le hace prometer a su hermano Licos que le vengará. Cuando retoma la regencia, Licos captura a su sobrina y entrega a los dos gemelos recién nacidos a las bestias feroces, todo ello en el monte Citerón, como lo será Edipo. Es, por tanto, y en primer lugar en la infancia del abuelo de Edipo, el Cojo, donde se inventa y perfila el escenario para engañar al Oráculo y del cual vemos el verdadero origen. El mito ofrece una representación precisa del tormento sufrido por Layo en el momento en el que nace su hijo. Al traer al mundo a Edipo, Layo no actúa por un drama que tuvo lugar en su infancia. Está bajo la influencia de una tragedia que no ha vivido, puesto que ésta ocurrió en la infancia de su padre, el rey Lábdaco, pero la cual atormenta si cabe con más fuerza su genitalidad. El fantasma que obra en la locura de ese padre que abandona a un bebé colgado por los pies expuesto a las bestias feroces se remonta a un acontecimiento traumático que ocurrió dos generaciones antes, en la infancia de su propio padre. Ese trauma ha marcado la infancia del Cojo, el padre de Layo, quien ha tenido que soportar que un regente condene a

8 Claude Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, Plon, 1974, pág. 237.

una muerte atroz a dos bebés inocentes, ¿en su nombre y sin que él pudiera hacer nada al respecto!

—Pero lo que usted me cuenta aquí —no puedo evitar preguntarle— ¿es acaso lo que piensan los psicoanalistas hoy en día? El libro de Mary Balmory no expone en absoluto este mito de la misma manera que usted. Expone en perspectiva la historia de Edipo y el error de Layo, su padre: su aventura homosexual con Crisipo, la cual se salda con el suicidio de este último. Pero no se habla ni de trauma ni de tormento. ¿Qué ocurre entonces respecto a la teoría de lo transgeneracional para el conjunto de la comunidad de analistas?

—No lo sé. En lo que respecta al mito de Edipo, es, *grosso modo*, en los años setenta y cinco cuando surge lo transgeneracional dentro de la literatura analítica, y es entonces cuando se empieza a considerarlo bajo ese ángulo. El primer artículo que puedo recordar que trate sobre la genealogía de Edipo es el de Jean-Claude Rouchy.<sup>9</sup> Fue publicado algunos meses antes que el de Marie Balmory. Pero lo transgeneracional no surge de una escuela. Francia ha sido, y es todavía, el hogar de la renovación del pensamiento freudiano, gracias a la proyección de Jacques Lacan y Françoise Dolto. Los primeros gérmenes de una nueva teoría del inconsciente se dibujan en la abundancia de pensamientos que han generado. En esa época los autores que comenzaron a conceptualizar el análisis de lo genealógico no pertenecían a las mismas escuelas y ni siquiera se conocían entre ellos.<sup>10</sup> La teoría de la genealogía no descarta el inconsciente individual definido por Freud y Lacan, constitutivo de la inhibición, del olvido donde se han hundido las vivencias infantiles. Esta teoría va más lejos y considera que el inconsciente está también compuesto por el de los padres y los antepasados.

Esta innovación teórica conlleva importantes modificaciones en el protocolo del tratamiento. Según la teoría clásica, si el analista no habla, no afecta al desarrollo del tratamiento. Se trata entonces de reconocer los afectos que fueron reprimidos en la infancia, y es el sujeto, el analizante, quien en este caso, sobre todo, posee el devenir de su tratamiento. El hecho de que el analista se mantenga callado no supone ningún problema cuando se trata de explorar una vivencia olvidada. Por el contrario, cuando sus síntomas están provocados porque sus padres no han podido, o no

9 Jean-Claude Rouchy, «Un passé sous silence», *Édutes freudiennes* n.º 13-14, Denoël, 1978.

10 Nicolas Abraham, Maria Török, Monique Bydlowski, Didier Dumas, Jean Guir, Jean Guyautat, Lucien Méléze y Alain de Mijolla (véase la bibliografía al final del libro).